JORGE ROMEU

LA FE DEL ALQUIMISTA LA RESERVA FEDERAL Y EL MILAGRO MONETARIO

ÍNDICE

	_	Pág.
NOT.	A ACLARATORIA	9
INTF	RODUCCIÓN. ALQUIMIA EN TIEMPOS CONVULSOS	13
1.	EL CAPITALISMO DE DISNEYLANDIA	19
2.	DE LOMBARD STREET A WALL STREET	27
3.	UNA HISTORIA DE FANTASMAS	35
4.	RELIQUIAS BÁRBARAS	47
5.	UN FAUSTO DEL SIGLO XX	59
6.	CONVALECENCIA, ESPERANZA Y MIEDO	67
7.	BOLA DE PARTIDO	77
8.	LA GRAN INFLACIÓN	91
9.	EXUBERANCIAS IRRACIONALES	105
10.	OTEANDO EL ABISMO	127
EPÍLOGO		139
BIBLIOGRAFÍA		149

NOTA ACLARATORIA

La presente obra está centrada principalmente en la Reserva Federal, el banco central de los Estados Unidos de América, aunque no es su protagonista exclusivo. La génesis de este libro fue inspirada por la aureola casi mítica que rodea a los bancos centrales, en particular al mayor de ellos. Hay asimismo abundantes referencias a las instituciones equivalentes de otros países —de forma especial al Banco de Inglaterra— y a su trascendental papel a lo largo del siglo xx. Las hay también a las sobresalientes personalidades de algunos de sus gobernadores.

El hecho de que el volumen gire en torno a la Reserva Federal hacía obligado un breve relato de la historia económica de Estados Unidos —y, en parte, de Europa— en los últimos cien años. Es, obviamente, un relato incompleto y fragmentario, ya que de otra forma el objetivo principal habría quedado difuminado.

El nombre oficial de la institución es «Sistema de la Reserva Federal». Está integrado por la sede central (con sede en Washington, DC) y doce bancos regionales para cada uno de los doce distritos financieros en los que se divide el país. En el libro se emplea con frecuencia la expresión «Fed», con la que se designa popularmente a la Reserva Federal. El uso de ese término debe entenderse referido a la institución en su conjunto (es decir, al Sistema). No obstante, al aludir a alguno de los bancos regionales, he empleado tanto la denominación oficial completa (por ejemplo, Banco de la Reserva Federal de Nueva York —o Boston, Filadelfia, etc.—), como la familiar de «Fed» (esto es, la Fed de Nueva York, Boston, San Francisco…).

La Reserva Federal, responsable de la política monetaria de Estados Unidos, tiene como una de sus funciones primordiales manejar los tipos de interés. Estos son de dos clases: de un lado, el tipo de interés de fondos federales (federal funds rate), aquel al que se prestan dinero los bancos entre sí de un día para otro (overnight); y de otro, el

tipo de descuento (discount rate), aplicable a los bancos que piden prestado dinero a la Fed a través del banco regional respectivo. Salvo que se aluda expresamente al tipo de descuento, las referencias genéricas a subidas o bajadas de tipos a lo largo de las páginas de este libro han de entenderse mayormente referidas a la federal funds rate, especialmente a partir de 1935 y, sobre todo, 1951, año en que la Fed recobró su independencia.

Conviene subrayar que, formalmente, las decisiones cruciales en la Fed —como las relativas a la compraventa de bonos y al federal funds rate— corresponden a un órgano colegiado (el Comité Federal del Mercado Abierto —FOMC, en sus siglas en inglés—). No obstante, por razones de simplicidad, en el libro se habla con frecuencia de subidas o bajadas decididas por la Fed, o por sus presidentes (Martin, Volcker, Greenspan...), aunque ello en rigor no sea exacto. Es preciso tener en cuenta, a este respecto, que —en la práctica— el FOMC no siempre ha tenido un carácter estrictamente colegiado.

Al iniciar la redacción del libro me propuse intentar reducir a términos fácilmente comprensibles la jerga propia de la política monetaria. Me propuse igualmente no incluir ningún gráfico, ni hacer alusión a las magnitudes de la masa monetaria (M0, M1, M2, M3, M4). Estimo únicamente necesario tener claros dos conceptos básicos: los de oferta monetaria¹ y base monetaria². Nada más allá de ellos es estrictamente necesario para entender este libro, que en no pocos aspectos puede resultar más histórico, político o diplomático que económico.

Por último, la proliferación de traducciones inexactas de magnitudes numéricas hace que no esté de más recordar que «billón» en español (un millón de millones) no significa lo mismo que «billion» en inglés (mil millones). Y que el «trillion» anglosajón se corresponde con nuestro billón.

Este libro no habría sido posible sin el acceso que proporciona Internet a fuentes hasta hace no mucho vetadas a alguien que reside

¹ Entendida como el volumen de moneda y otros instrumentos líquidos que circulan en la economía de un país en un momento determinado (efectivo y posiciones en cuentas corrientes y de ahorro).

² Entendida como la cantidad total de moneda que está en circulación (en manos del público) y en los depósitos que los bancos comerciales mantienen en el banco central correspondiente.

Nota aclaratoria 11

fuera de Estados Unidos. Particularmente útil ha resultado el acceso libre a las actas del Comité Federal del Mercado Abierto, aun cuando no dejan de ser documentos formales (las principales decisiones se perfilan en reuniones fuera de agenda de las que, obviamente, no hay minutas). Conviene destacar que se trata en cualquier caso de un grado de transparencia superior al del Banco Central Europeo, lo que en sí mismo constituye un detalle no menor. Algunos investigadores —como el profesor Allan Melzer— han dedicado años a esa labor, que ha sido crucial para este libro, especialmente en lo que se refiere al periodo comprendido entre 1970 y 1986.

INTRODUCCIÓN. ALQUIMIA EN TIEMPOS CONVULSOS

Suele decirse que no hay mayor acto de fe que creer que un rectángulo de papel al que llamamos dinero tiene realmente el valor que figura impreso en su superficie. Sin embargo, todas las personas hacen a diario esa profesión de fe, y resulta curioso cómo muchas de ellas piensan todavía que ese trozo de papel deriva su valor —si no en todo, al menos en parte— de oro depositado en alguna remota cámara acorazada a prueba de bombas.

Los marchantes manipulan la cotización de «sus» artistas más preciados controlando de forma rigurosa la oferta de obras disponibles en el mercado. Si los precios caen en un determinado momento, el galerista se encarga de retirar del mercado un número adecuado de ellas y aumenta su inventario a la espera de un momento más propicio en el que la demanda insatisfecha cobre fuerza. No es tampoco inusual que en algunos casos los contratos de venta incluyan una cláusula de reventa preferente a la propia galería en caso de que en algún momento el comprador quiera desprenderse de la obra. Todo esto es más o menos lo que me vino a decir hace más de diez años un galerista neoyorquino que ejercía circunstancialmente como agente en Estados Unidos del marchante de uno de los pintores españoles vivos más cotizados.

De forma similar a como opera nuestro galerista, la Reserva Federal de Estados Unidos o el Banco Central Europeo (BCE), por medio del control (y manipulación) de la oferta de dinero consiguen que el valor de los billetes emitidos por ellos resida en buena medida en su mayor o menor escasez. Y también, por supuesto, en la convicción de que tras ellos hay una institución seria, responsable y rigurosa, reflejo de la fortaleza del país (o países) a los que pertenece.

Pero no siempre las cosas funcionan como debieran.

En 2012 la mayor parte de los países del mundo podían sentir todavía los latigazos de la Gran Recesión de 2007-2009. Para la economía española fue un año particularmente dificil que se sumaba a una serie nada halagüeña iniciada en otoño de 2007. El mismo día de julio de 2012 en que aterricé en Madrid para pasar mis vacaciones de verano procedente de Washington —donde me encontraba destinado como diplomático—, el presidente del BCE, Mario Draghi, pronunció las famosas palabras que por ensalmo embridaron la desbocada prima de riesgo española y proporcionarían un alivio anhelado desde hacía tiempo. No fue el final de los problemas, pero sin duda marcaron un antes y un después para el devenir económico de países como España, Italia o Portugal.

Llevaba yo por entonces dos años en Estados Unidos, a donde había regresado tras un paso de tres años por Madrid. Me había costado reconocer el país que había dejado en 2007, cuando la crisis inmobiliaria era ya una realidad, aunque limitada a puntos concretos de la vasta geografía norteamericana (como Arizona o Nevada). Durante prácticamente los cinco años de mi estancia en Nueva York entre 2002 y 2007 había sido testigo de una burbuja en constante evolución, paralela en muchos aspectos a la que se registraba por entonces en España.

La historia de lo ocurrido tras el estallido es sobradamente conocida. Estados Unidos en 2010 era un país marcado por el pesimismo, con un paro elevado (aunque envidiable para los parámetros españoles) y una economía que, sobre el papel, había dejado atrás la recesión en el segundo trimestre de 2009, pero no ofrecía aún alegrías a las sufridas clases media y baja (las altas ya se habían recuperado al socaire de la revalorización bursátil).

A pesar del bajo estado de ánimo entre los estadounidenses, uno no podía dejar de pensar en que la situación era sin duda mejor que la española. El fantasma de una quiebra soberana (default) no se contemplaba ni por asomo en Estados Unidos, lo que por desgracia no era el caso al otro lado del Atlántico. Tenía uno a veces la impresión de asistir a una sobreactuación mediática. Ver noticias sobre la crisis de deuda española en primera plana del New York Times o el Washington Post nunca es tranquilizador (aunque lo que hacían mayormente era reflejar el alarmismo morboso en el que por esas fechas parecían complacerse algunos periódicos españoles). Tampoco lo es el que vecinos estadounidenses, al encontrárselo a uno por la calle, le

expresen con aire compungido sus condolencias «por lo que está sucediendo en España».

Es mucho lo que los españoles (y los europeos en general) debemos al BCE —quizá más por sus palabras que por sus actos—. De forma similar, es también mucho lo que los norteamericanos deben a su propio banco central, la Reserva Federal (la «Fed»), que estuvo en primera línea de combate contra la crisis financiera y sus efectos. Lo curioso es que, si bien el BCE no despierta en sí mismo una aversión en la ciudadanía (fuera de entornos populistas o radicales), no sucede lo mismo en Estados Unidos con la Fed, cuyo nacimiento en 1913 fue tumultuoso y controvertido. A lo largo de sus más de cien años de historia han sido numerosos los políticos y congresistas que la han vilipendiado, abogando por su supresión o, como mínimo, por su estricta sujeción al Ejecutivo.

Esa hostilidad ha estado influida por el peso del propio sistema federal estadounidense (que no contemplaba en su origen un banco central), pero también por una anacrónica querencia a esa «reliquia bárbara» (Keynes *dixit*) que es el oro contante y sonante. Un ejemplo de ese contraste fue visible en la crisis de deuda europea de esta década, cando la ira de la población contra las recetas de austeridad se volcó en el FMI y no en el BCE, que bajo el mandato de Jean-Claude Trichet hizo sin embargo bastante más hincapié que aquel en la necesidad de acometer devaluaciones internas en forma de recortes presupuestarios y bajadas salariales.

En 2017 publiqué un libro (La Corte y los soberanos) donde planteaba la historia de Estados Unidos como una tensión entre el gobierno federal y los estados que integran la Unión. Algo parecido ocurre en el plano de la historia económica de dicho país, que a lo largo del siglo xx —y de lo que llevamos del xxI— refleja las tiranteces entre el Ejecutivo y la Fed como autoridad monetaria independiente. No es algo sorprendente. El poder de los bancos centrales es enorme, y el de la Fed todavía más. La Reserva Federal, por decirlo de alguna forma, puede crear reservas bancarias de la nada («out of thin air» diría un estadounidense), y controla la oferta monetaria y los tipos de interés. Cuando compra bonos —en el marco de una política expansiva— crea dinero (electrónicamente) para adquirirlos. Cuando los vende, ese dinero deja de existir, casi como por arte de magia.

Decisiones de la Fed provocan tantos descalabros como éxitos electorales. Son conocidos, aunque no en exceso, los roces de Truman, Kennedy o Johnson con William McChesney Martin, el más duradero de los presidentes de la Fed, los de Nixon con Arthur Burns o los de Carter y Reagan con Paul Volcker. Ha habido alguno —en concreto Allan Greenspan— que incluso ha llegado a adquirir celebridad a escala planetaria, con elogios desmedidos convertidos en desprecio tras el estallido de la Gran Recesión. Casi todos ellos han luchado —con mayor o menor tenacidad y con más o menos éxito— por preservar la independencia de la institución.

La alquimia es una ciencia oculta, tentadora para cualquier profano. Esa alquimia, por sorprendente que parezca, está hoy más presente en el sector privado que en el público. Los bancos privados son los principales creadores de dinero, como lo atestiguan las estadísticas: los depósitos bancarios representan en Estados Unidos el 90 por 100 del dinero en el sistema. Ese porcentaje era en 2016 del 91 por 100 en la zona euro, del 93 por 100 en Japón, y en el Reino Unido—según el exgobernador del Banco de Inglaterra, Mervyn King—no bajaba del 97 por 100. Así las cosas, no es dificil ver en las fugas de depósitos el reflejo de una alquimia fallida.

Los banqueros centrales conocen los entresijos de ese saber, v velan por mantener a raya a los gobernantes que ven en el dinero barato y fácil la mejor garantía de mantenerse en el poder. El desenfreno monetario y la adicción a los déficits presupuestarios pueden tener consecuencias devastadoras que, como suele ser habitual, van más allá de lo estrictamente económico. Los casos de hiperinflación azuzada por gobernantes irresponsables son bien conocidos —la Venezuela chavista o el Zimbabue de Mugabe son solo dos ejemplos de nuestros días—. Ejemplos extremos, sin duda. En un plano distinto, pero igualmente enloquecido, está la actuación del dictador norcoreano Kim Jong-il, que en 2009 decidió confiscar la ya de por sí escasa riqueza de sus ciudadanos, obligándoles a entregar al Estado sus billetes de wons, los cuales fueron sustituidos por unos nuevos con un valor facial reducido en un 99 por 100. Es un proceso que podríamos llamar «alquimia inversa», ya practicado algunos años antes por otro sátrapa asiático, el general birmano Ne Win, quien anunció en noviembre de 1985 que los billetes de 25, 50 y 100 kyats dejaban de ser moneda de curso legal, sin compensación alguna para sus tenedores. Diez meses más tarde se emitían billetes de 15 y 35 kyats que fueron a su vez anulados en septiembre de 1987.

Así pues, del mismo modo que el Nobel de economía Amartya Sen sostiene que en los países democráticos —con independencia de su nivel de riqueza— no hay hambrunas, podría quizá afirmarse que la hiperinflación esta hoy confinada a regímenes autoritarios.

Hay otros supuestos menos esperpénticos que ponen de relieve la curiosa preferencia de muchos gobernantes —y gobernados— por una inflación elevada si ello es el precio a pagar por un desempleo menos alto. Este compromiso entre dos males es una constante desde la posguerra, y ha sido responsable de muchas desdichas, como se verá más adelante.

Un caso histórico interesante es el del Japón de los años treinta. En 1931, la crisis iniciada dos años antes tuvo un impacto particularmente negativo en el campo, provocando una avalancha de parados hacia las grandes ciudades. En 1932, el ministro de finanzas, Takahashi Korekiyo, anunció una política de estímulos. El gobierno emitiría bonos garantizados por el Banco de Japón, que a su vez adquiriría estos tras «imprimir» el dinero necesario para la compra. Los ingresos derivados de esa operación se emplearían para llevar a cabo obras públicas en las zonas más castigadas por la depresión y para insuflar nueva vida en industrias que se encontraban funcionando por debajo de su potencial a resultas de la crisis. Una de esas industrias era la del armamento. A su vez, el nuevo dinamismo aumentaría los ingresos fiscales del Estado por vía impositiva.

El plan fue un éxito. El problema surgió cuando en 1935 Takahashi, con la situación estabilizada, anunció a la Dieta su intención de reducir el déficit presupuestario y el gasto en defensa, ante el riesgo de inflación. Esta declaración de intenciones provocó la ira del estamento militar, que cristalizó en un levantamiento (el «incidente del 26 de febrero de 1936»). Takahashi fue asesinado en su domicilio por unos jóvenes oficiales exaltados. Se dice que un cuadro que recoge esa escena cuelga desde hace décadas de una de las paredes del despacho del ministro japonés de Finanzas. El abandono de la disciplina monetaria y presupuestaria llevó a Japón a redoblar su expansionismo. De allí a la Segunda Guerra Mundial hubo solo un paso. El caso de Alemania tiene algunas concomitancias con el japonés, motivo

por el cual he dedicado en este libro un capítulo a la figura del banquero central Hjalmar Schacht.

Tras la guerra, Estados Unidos se propuso poner orden para evitar que algo parecido pudiera suceder en el futuro. En 1949, se encargó al economista Joseph Dodge la labor de abordar el problema de la inflación reinante en Japón tras el conflicto bélico. Dodge introdujo recortes drásticos en el sistema financiero y puso en marcha el Programa de Estabilización Económica, basado en el principio del equilibrio presupuestario, conocido como la «línea Dodge», un límite de gasto infranqueable que siguió en vigor durante largo tiempo y arraigó profundamente en la mentalidad nipona.

Los ejemplos de tensiones como la expuesta tienen ribetes no solo económicos, sino también políticos y, por supuesto, de negociaciones —la mayor parte de ellas, por supuesto, entre bastidores en la mejor tradición florentina—. De otro modo, este autor no habría osado entrar en el coto vedado de los economistas profesionales. No es malo recordar en este punto que durante décadas la cualificación económica de los miembros de la junta de gobierno de la Fed —los llamados «gobernadores»— era muy limitada, cuando no sonrojante en algunos casos. En el histórico Banco de Inglaterra, todavía en el siglo xx se asignaban puestos con arreglo a criterios de estricto clientelismo político, casi al margen de cualquier otra consideración (siempre había, claro está, buenos funcionarios en quienes apoyarse).

Si los bancos representan la esencia del capitalismo, los bancos centrales todavía más, con la peculiaridad fundamental de que su objetivo primordial no es el lucro, sino la estabilidad de precios (y la del sistema financiero en su conjunto). Por otro lado, el capitalismo por antonomasia es el de Estados Unidos, y antes de entrar en materia, vale la pena echar una ojeada instructiva a una inequívoca caricatura (y criatura) del capitalismo *made in USA*.

EL CAPITALISMO DE DISNEYLANDIA

«No vale nada si es gratis».

Scrooge McDuck

Con dieciséis años pasé un mes de julio en el Reino Unido en una estancia de estudios organizada por mi colegio. En una librería de Londres (o acaso fuera Cambridge), me topé con un libro que llamó poderosamente mi atención. A primera vista parecía un tebeo de Walt Disney similar a los que me habían cautivado durante mi niñez. Pero había algo que no encajaba. La cubierta presentaba una imagen del Tío Gilito (el anciano, avaro y multimillonario pato de la factoría Disney) empujando una carretilla rebosante de dólares. En el lugar correspondiente a su cabeza figuraba un mapa de América Latina. Un compañero que estaba a mi lado, al comprobar mi sorpresa, me dijo casi en un susurro que se trataba de un libro maldito, prohibido en varios países —entre ellos, según él, España—. Pese a mi limitado conocimiento del inglés, no tardé en comprobar que el libro, el cual reproducía en algunas de sus páginas fragmentos de historias disneyanas, era una diatriba contra los mensajes imperialistas y capitalistas implícitos en las historietas de Walt Disney, en particular aquellas que tienen como protagonista al codicioso pato.

Muchos años después, y gracias a esa ventana al todo que supone Internet, logré reencontrar el libro que tanto me había sorprendido en mi adolescencia. Su título era simplemente *How to read Donald Duck*, y sus autores, Ariel Dorfman y Armand Mattelart. El compañero que se había referido al volumen como una obra proscrita (todavía hoy me admira su erudición) tenía razón. Había sido publicada en Chile en 1972, bajo el título *Para leer al Pato Donald - Comunicación*

de masas y colonialismo, en la época del gobierno de Unidad Popular dirigido por Salvador Allende. Tras el golpe de Estado de 1973, la obra fue prohibida en Chile y muchos otros países.

El ensayo de Dorfinan y Mattelart ha envejecido todo lo bien que puede hacerlo una obra redactada con arreglo a rígidos parámetros marxistas. Resultan memorables las observaciones de los autores sobre la paradoja de demonizar un libro por sus críticas a los mensajes de los personajes de Disney —vistos por la censura como iconos merecedores de respeto por su carácter de personajes familiares, aptos para todos los públicos— cuando si hay algo verdaderamente ausente de las historietas son las familias. No hay, en efecto, relaciones paterno-filiales, solo vínculos de tercer o cuarto grado, tíos y sobrinos se subrogan en los papeles de padres e hijos, quizá a veces para poder presentar actuaciones que serían inadmisibles en una familia convencional, o tal vez para erradicar desde el origen cualquier atisbo de sexualidad (afectiva o no). Extirpar elementos de este tipo permiten —según se desprende de las tesis de Dorfinan y Mattelart— transmitir los mensajes imperialistas/capitalistas de una forma más directa (y descarada).

Sin embargo, para cuando redescubrí el trabajo del tándem Dorfinan-Mattelart, hacía ya años que había averiguado algunos datos interesantes sobre el mundo Disney. Datos que en sí mismos reflejan no pocos rasgos del capitalismo más descarnado.

Todavía de niño había tenido ocasión de constatar la gran diferencia en calidad de guiones y dibujo entre unas historias y otras. En todas ellas la única firma que aparecía era la de Walt Disney. Ningún artista podía ser tan prolífico. Obviamente, no era yo el único desconcertado. Años después supe que en Estados Unidos muchos lectores se preguntaban quién podía ser el «good duck artist». Y es que justamente los patos eran su especialidad.

Durante décadas los dibujantes de la factoría Disney no estaban autorizados a firmar sus propias creaciones. De hecho, en muchas ocasiones estos trabajaban para agencias (como Western Publishing) que eran las que a su vez revendían el trabajo a la Walt Disney Company¹. Walt no estaba dispuesto a arriesgar lo más mínimo en materia de derechos de publicación. En los comienzos de su carrera había

¹ Es algo parecido a lo que sucedía en España en los años sesenta, setenta y parte de los ochenta con agencias como la barcelonesa Selecciones Ilustradas, dirigida por Josep Toutain.

perdido una criatura gráfica suya (el conejo Oswaldo) a manos de un agente sin escrúpulos. De poco consuelo debió servirle el hecho de que Oswaldo tuviera una mediocre trayectoria comercial.

No fue sino hasta muchos años después que se conoció la identidad del artista misterioso. Se llamaba Carl Barks. Fue él quien creó al pato más rico del mundo. Uncle Scrooge (obviamente inspirado en el Ebenezer Scrooge de Cuento de Navidad, de Dickens). Conocido en España como Tío Gilito, Scrooge tuvo su primera aparición en 1946 en una historia llamada Navidad en el Monte Oso (Christmas on Bear Mountain). Los lectores se encontraban así por primera vez con el acaudalado y avinagrado tío del Pato Donald, un anciano encorvado sobre un bastón, muy lejos de la agilidad casi felina que Barks le conferiría en futuras historias. La estampa (en particular el batín y las patillas) recordaba a la de Andrew Carnegie, el legendario magnate. Como él, Scrooge era de humilde origen escocés, y había llegado a América en busca de oportunidades, entrando a través de Ellis Island como tantos miles y miles de inmigrantes a finales del siglo xix. Sabemos que participó en la segunda fiebre del oro en 1893, en el Klondike, y también que vivió la crisis de 1907 (obviamente también la del 29, que sin embargo jamás aparece mencionada). Su figura encarna la de alguien hecho asimismo a base de esfuerzo, un individualista despiadado que no debe nada a nadie. Se diría un personaje de cualquiera de las novelas emblemáticas de la ultracapitalista, anticomunista y libertaria Ayn Rand, El manantial o Atlas desencadenado, determinantes en la formación ideológica del capitalismo neoliberal de la posguerra.

Pero Scrooge no fue ni mucho menos la única creación de Barks. Fue él quien confirió al pato Donald la forma en que lo conocemos en la actualidad, y dio vida a una serie de personajes complementarios, entre ellos los sobrinitos Hewey, Dewey y Louie (Jorgito, Juanito y Jaimito); Gladstone (Narciso Bello), el elegante y fatuo primo dotado de una suerte prodigiosa, o los pérfidos maleantes prófugos conocidos como Beagle Boys (Golfos Apandadores), por mencionar solo algunos.

Dorfman y Mattelart se quedan en la superficie, reteniendo episodios en los que, efectivamente, puede concluirse (o no) que hay un mensaje de promoción y justificación del capitalismo feroz (la supuesta presencia de mensajes justificadores del imperialismo es en cambio más cuestionable). El tándem pasa en cambio por alto episo-

dios memorables que dan una idea no precisamente positiva del capitalismo y el ánimo de lucro llevado a los extremos que dictaría hoy el neoliberalismo radical. Basta con echar una ojeada a unos pocos.

En A Christmas for Shacktown (1952) — Todos felices, en la versión castellana— Gilito, que todo lo tiene, se degradará para lograr un último ingreso marginal, encarnado en una moneda que arrastra un fatum trágico. El peso de esa última pieza ganada con infamia es el que quiebra el suelo de su almacén y provoca que toda su fortuna sea engullida por una sima abismal (el lector puede estar tranquilo, ya que Scrooge acabará recuperando buena parte de su fortuna después de haber recibido una cura de humildad).

En The Secret of Atlantis, de 1954 (Viaje al fondo del mar), Gilito actúa como un especulador del mercado. Deseoso de crear de la nada un bien de precio incalculable, logra hacerse con todas las monedas del país acuñadas en 1916. Una vez conseguido ese objetivo, las arroja a una fosa marítima en alta mar, guardando solo una de ellas, que se convierte en un bien de un valor tan inmenso que está fuera del alcance de cualquier comprador. Cuando por un desgraciado accidente la moneda se echa a a perder, habrá de iniciar una aventura para recuperar alguna de las que se encuentran sumidas en los fondos abisales.

La desmesura es un rasgo americano extensible a casi todos los campos —empezando por el monetario y financiero—. Gilito se había convertido durante horas o días en un remedo de Fitz-Norman Culpepper Washington, protagonista de uno de los más memorables relatos de Francis Scott Fitzgerald, *Un diamante tan grande como el Ritz*. Fitz-Norman es el hombre más rico del mundo, ya que en un terreno remoto posee un diamante de un volumen superior a una milla cúbica (una joya que nadie puede contemplar y seguir vivo, tan terrible es la necesidad de preservar el secreto, so pena de arruinar la economía mundial y al propietario de la gema colosal)².

² Casi sesenta años más tarde, en 2011, el propio Congreso de Estados Unidos se plantearía emular a Gil Pato y acuñar una moneda gigante de platino de un valor equivalente a un billón de dólares. Esta idea, por alocada que parezca, llegó a ser considerada como una fórmula ingeniosa para eludir los límites legales al endeudamiento de la nación. Algunos legisladores avispados comprobaron que las restricciones estatutarias para acuñar monedas no incluían al platino entre los metales preciosos, generando así una laguna legal. La idea fue no obstante descartada al contar con la oposición de la Fed y el Departamento del Tesoro.